

FUERTEVENTURA

Fuerteventura suena a lejanía, a destierro, a aridez. Ha sido siempre una isla con poca fama, aunque en el conjunto de las islas soñadas y paradisíacas, Canarias no tenga mal cartel. Si nos atenemos a lo que decían algunas enciclopedias -por ejemplo el “Diccionario Enciclopédico abreviado, editado por Espasa Calpe en 1954, que no es cosa para tomarse a broma, Fuerteventura es “tan poco variada en su territorio como en sus costas, y sólo se levantan en ella algunos serrijones¹ que no obedecen a sistema alguno orográfico”, cosa que parece dar razón a la percepción que, de aridez o destierro tienen muchas personas. Si, además, “las comunicaciones son muy deficientes y el vehículo más común es el dromedario”, lo de “lejanía” se queda corto. Casi podríamos pensar que hablamos de otra galaxia.

No estamos en 1954 y el progreso, y sobre todo, el turismo, le han cambiado la piel a la isla, aunque algo de todo aquello le queda aun en algunas arrugas. Y eso es lo que yo salí a buscar.

Recordar la isla en su aspecto de hace 27 años que fui por primera vez, me serviría, más que nada, para echar en falta la costa salvaje, las playas vírgenes y los caminos de cabras que unían entonces el norte con el sur. Desde Lanzarote, donde yo vivía, se cruzaba a Fuerteventura bien en avión al aeropuerto del El Matorral –si, entonces, con aviones más pequeños, y que volaban más bajo y más despacio y, aunque no creo que rentara, era parte de los trayectos que ofrecía Iberia entre islas con los Fokker- o bien en el ferry de Armas, que zarpaba del puerto de los Mármoles en Arrecife y hacía una primera parada en la isla vecina antes de saltar a Gran Canaria. Luego, dependiendo del medio de llegada, o alquilabas un Suzuki, tipo jeep, o tenías un amigo local que te llevara a conocer la isla. Yo recuerdo el Suzuki, azul y abierto por los cuatro costados, dando saltitos camino de las playas y las dunas que tanta fama tienen hoy entre los turistas y que entonces eran bastante desconocidas en general y patrimonio de unos pocos iniciados. Hoy hay un ferry entre el sur de Lanzarote -Playa Blanca- y el norte de Fuerteventura -Corralejo- que hace el trayecto en veinte minutos y pasa por delante de la isla de Lobos, cuyo nombre lo debe a las focas y lobos marinos que habitaban el islote, y que fue refugio de piratas y es hoy, espacio natural protegido, aunque ya no quedan ni focas, ni lobos, ni piratas de pata de palo. (De otras especies de pirata no estamos seguros).

¹ Serrijón: sierra o cordillera de montes de poca extensión

Esta primavera llegué al flamante aeropuerto internacional de Puerto del Rosario, donde había más aviones de líneas aéreas extranjeras que nacionales aparcados en sus “fingers”, alquilé un Opel Astra recién sacado del concesionario y me alojé en un complejo turístico de más de 600 habitaciones, piscina gigantesca y bares alrededor, un enorme escenario al que no le faltaba de nada para entretener al personal por las noches con números de revista y una población extranjera formada por familias y muchos niños, colorados como gambas, que me hicieron sentir en otro país. No había ni cinco parejas nacionales y recepcionistas, camareros, porteros y limpiadoras formaban un conjunto que parecía recién salido de una reunión de la ONU.

El hotel estaba en una “población” que, originalmente, era sólo una playa con una fortaleza o bastión defensivo, de planta circular levantado en 1743 por el ingeniero Claudio de Lila, llamado “el castillo” desde el que se velaba el sueño de los barcos, porque era ideal para fondear: la Caleta del Fuste. Dándole las mil vueltas a guías, Internet y libros de viajes, sólo he podido encontrar una referencia a este nombre: una web alemana en la que se dice que Fuste era el nombre de un pescador que allí instaló su casa.

Hoy, alrededor de la bahía original, ha crecido un conglomerado de urbanizaciones, hoteles, centros comerciales y toda la parafernalia que exige ser “enclave turístico” diseñado para nórdicos, centroeuropeos y británicos. En la web alemana se cuenta, también, que este crecimiento desmesurado de la zona, ni la hace más acogedora, ni más bonito. Concluye que viene a ser una especie de aparcamiento para turistas.

Las costas de la isla no tenían pueblos de importancia porque estaban excesivamente expuestos a los ataques de piratas y de las hordas berberiscas. Hoy tampoco. Los núcleos de población pegados al mar son un invento reciente para mejor aprovechamiento de las playas para el turismo. Lo habitual, por otro lado, en otras islas y en muchas costas. Fuerteventura conserva en el centro de su territorio los municipios más antiguos –y por tanto, los que mejor conservan las formas, el aroma y el sabor de la isla- que eran ocho en 1945, y que hoy son seis –Antigua, Betancuria, La Oliva, Pájara, Puerto del Rosario y Tuineje- y forman las dos Mancomunidades en las que se ha dividido la isla para su mejor gobierno.

En busca de estos viejos enclaves, partió la expedición una brillante y ventosa tarde del mes de junio. Sin conocer la historia de la isla, la elección del camino a seguir se hizo por el sistema de “ese pueblo tiene el nombre más bonito”: Antigua. Salimos del hotel hacia el sur por la gran carretera que recorre la isla de cabo a rabo, la FV 2, dejando el mar a nuestra izquierda. A la altura de Las Salinas hay un curioso Museo de la Sal: una casita de labor hace de edificio principal y allí se exponen aperos y fotos que cuentan el trabajo en

las salinas del Carmen, construidas en el siglo XVIII -que aun funcionan- y donde se siguen utilizando los mismos métodos de obtención de la sal que entonces: se aprovechan las mareas para recargar los depósitos de agua, que después y mediante la evaporación por la fuerza del sol, producirá la sal marina. La carretera, allí, hace un codo de 90º y se mete hacia el interior: a ambos lados de la llanura que tenemos delante se ve la tierra cultivada, palmerales y molinos de viento. Al fondo, a lo lejos, las casitas blancas de Antigua.

El municipio existe como tal desde 1785, aunque la zona empezó a poblarse casi enseguida tras la conquista de la isla en 1404, por lo que ya era un caserío importante en el siglo XVIII. En 1808, incluso, fue sede de la Junta Gubernativa Subalterna. Siempre aspiró a ser la capital de la isla. Y lo fue durante unos meses entre 1834 y 1835.

Como ya he hecho otras veces, a la vuelta a casa, consulto el “Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar”, de Pascual Madoz, editado en 1847- que siempre aporta algún dato curioso a lo visto-. ¡Antigua no iba a ser una excepción! Dice el *Madoz* que por esas fechas, el pueblo “tiene 468 casas, una iglesia parroquial construida en 1790 –Nuestra Señora de la Antigua, que se festeja el 8 de septiembre- una escuela de primeras letras y algo alejado del centro, el cementerio, de 1835”. Hoy tiene algunas más y un centro de artesanía, que no conseguimos encontrar, además de un gran molino de viento –el molino de Antigua: otro museo local- en el que se molía el gofio, harina de maíz, que es la base de la gastronomía canaria. No lo visitamos porque estaba cerrado. Pero tenía unos bonitos jardines con flora autóctona (orchilla², aulaga, verode, tabaibas, cardones, palmeras y tarajales) por los que dimos un paseo. A la salida del pueblo, en la carretera que lo une con Betancuria, unos curiosos faroles gigantes hacen las veces de farolas de la calle. Muy raro.

A Betancuria se llega desde Antigua por una carretera estrecha, llena de curvas. El pueblo se esconde en el muy protegido valle del Morro de la Cruz, uno de los montes más altos de la isla, 668 m, y donde han construido un mirador desde el que se ve toda la llanura hasta el mar y la zona que allí se conoce como Malpaís, y que como su nombre indica, es absolutamente inservible para sembrar en ella, intransitable y casi inútil. Es tierra volcánica, rugosa y dura, donde solo crecen líquenes, algún rastrojo y matorral rastrero que sirve de alimento a los miles de cabras que hay en la isla. De hecho, los navegantes y marinos llamaron a Fuerteventura, Capraria o Planaria.

Por supuesto, hubo parada en el Mirador de Morro Veloso -la altura obliga a cubrirse los hombros- que es idea y diseño de César Manrique, desde el que

² Orchilla: especie de liquen

admiramos la belleza de la nada a nuestros pies. El sol ponía mucho de su parte a esas horas: la costa de Sotavento y la llanura del Malpaís Grande se llenaba de las sombras alargadas de las serranías a las que nos habíamos encaramado, y teñía de dorado el rojo de la tierra volcánica. A la de Sotavento, aun le llegaban los rayos naranjas del sol de frente.

Bajamos hacia Betancuria, guiados sólo por la originalidad del nombre. Podíamos haber ido hacia el norte, por el Valle de Santa Inés hacia Puerto del Rosario, pero un pueblo llamado así –tan parecido a Betancor, que es uno de los apellidos más frecuentes en Canarias- tenía que ser, por fuerza, algo interesante de conocer. Y desde luego, así fue. Desde que apareció al salir de la última curva cerrada de la bajada desde el Morro de la Cruz, supimos que había tenido que ser un pueblo importante. La iglesia, una plaza muy cuidada, un aspecto impecable del pueblo, con unos edificios que denotaban cierto señorío, empaque y peso; su pequeño museo arqueológico... ¡tenía truco, seguro! Visitamos el museo y allí supimos que Betancuria había sido la capital de la isla hasta 1860. De su historia, sin embargo, no pude saber nada más hasta que no volví a casa. Merece la pena que os haga un pequeño resumen.

La isla, que entonces se llamaba Herbania y era conocida antes de la conquista castellana, estaba poblada por dos tribus aborígenes: la del rey Guize y la del rey Ayose. Guize se asentaba en el norte, en el territorio Maxorata; y Ayose, al sur, en Jandía. A ambos les separaba una muralla en el istmo de la Pared, de la que quedan algunos restos (que yo no visité). Mallorquines, catalanes, portugueses y genoveses habían intentado conquistarla en varias ocasiones, pero la definitiva no llegó hasta 1402. En 1404, y al mando de los normandos Gadifer de La Salle y Juan de Bethencourt, los 63 marineros que quedaban de los 283 iniciales con los que se inició la conquista, se asentaron en Lanzarote e hicieron las primeras incursiones a la isla que tenían tan pegada a la costa del sur.

Fueron, pues, estos dos normandos los que fundaron la ciudad, a la que bautizaron con el nombre de uno de los dos, buscando para ello un buen emplazamiento en el interior del territorio: alejado de las costas para protegerla de los ataques por mar y de difícil acceso para defenderla mejor. Como ya comprobamos nosotros algunos siglos después y en coche llegar al valle no era sencillo. Era el sitio ideal para que allí se centralizara la administración y el gobierno de la isla.

Aunque los fundadores acabaron peleándose entre sí, se consiguió una convivencia pacífica entre conquistadores y nativos que duró muchos años. En 1476, el territorio recibe el nombre de Señorío Territorial de Fuerteventura, y pasa a depender de los Reyes Católicos.

La idea de proteger la capital en un recóndito valle del interior, sin embargo, no resultó del todo útil: en 1593 una expedición berberisca invadió la isla –que ya había soportado otros ataques piratas- y arrasó Betancuria. De esa época son la mayoría de los castillos construidos en las costas, el asentamiento de sus gentes en poblaciones del interior y la llegada a la isla del primer Capitán General que se hizo cargo de la defensa de la isla en nombre de la Corona.

A partir de la guerra entre el Reino Unido y España, en 1739, los corsarios atacaron de nuevo: los botines capturados se vendían después en Madeira. Durante varios años no hubo manera de pararles y cada dos por tres los lugareños se tenían que volver a lamentar de su mala suerte. Hasta noviembre del año 1740. Las tropas isleñas consiguieron al fin vencerles en la Batalla de Llano Florido o Batalla de Tamasite, que se recuerda en la isla, como de la gloriosa victoria local.

El declive del pueblo empieza con la marcha de los coroneles que gobernaban la isla al pueblo de La Oliva en 1742. Después, en 1812, las Cortes de Cádiz abolen el señorío y Fuerteventura pasa a ser una isla más de la provincia española de Canarias. Se crean nuevos municipios, entre ellos Tetir, de quien depende Puerto Cabras, en la costa, que pasa a ser el puerto de entrada y salida a la isla. Hasta que en 1835 se independizó y al ser población de gran trajín administrativo, allí se instalaron las distintas instituciones del gobierno. Y así, se convirtió en capital en 1860, sustituyendo a Betancuria. Hoy en día es el municipio menos poblado de todas las islas Canarias.

Todo esto no lo sabíamos cuando aparcamos el coche en un recodo ancho de la carretera a la altura de la iglesia, que resulta imponente a primera vista. Estaba cerrada, por la hora, pero se veía que era y había ido un edificio de importancia. Buscando información sobre ella, descubro algunas diferencias en las versiones, que supongo se debe a la época en que están escritas una –la del “Madoz”- y otra –“Wikipedia”-. Es graciosa, como siempre, la descripción del diccionario ilustrado, y es más completa, y también algo más técnica, la de la red.

Para D. Pascual, “iglesia parroquial (Ntra. Sra. de la Concepción), servida por un beneficiado con nombramiento *ad nutum* del prelado, un sochantre³, un sacristán, un organista y 3 monacillos: el edificio es capaz y hermoso y está fundado sobre el solar de la primera capilla que en Canarias mandó construir su conquistador en 1410, conforme plano diseñado por su compañero Jun Mason, quien dirigió la obra. Fue incendiada y saqueada con la mayor parte del pueblo en 1539 por los piratas marroquíes, conducidos por su gefe Naban Arraez: se conserva también sin enajenar el edificio que fue convento de Franciscanos,

³ Sochantre: director del coro en los oficios divinos

edificado en 1455 por orden de Diego de Herrera, señor de las islas de Fuerteventura y Lanzarote, que fue sepultado en él.”

Para la Wikipedia, es “Iglesia-Catedral de Santa María de Betancuria, edificada originariamente en estilo gótico-normando, que sufrió diversos choques por parte de Xabán Arraez destruyendo la edificación, hasta el punto que sólo se conserva el primer tramo de la Torre del Campanario y las basas de las columnas de la construcción primigenia. En 1620, los habitantes reconstruyeron la actual Iglesia-Catedral de Tres Naves. Destaca de su interior el retablo de la segunda mitad del siglo XVII, el rico artesanado mozárabe, especialmente el de la Sacristía, así como el Coro y el Baptisterio. Llama especialmente la atención la disposición del suelo, toda vez, que se trata de antiguos enterramientos”.

Yo os puedo añadir, que la torre de la iglesia la remata una veleta con gallo, que el portón de entrada es de pino canario –tea, dice en La Palma- labrado con figuras geométricas y rematado por una labra, o escudo de piedra, en el que se aprecia una tiara y unas llaves de San Pedro entrelazadas, timbrado con una corona. Según lo aprendido en heráldica, la tiara es indicativa de un Papa; las llaves entrelazadas son también de Papa, pero además de Cardenal Camarlengo. Van siempre cruzadas y dejan de pertenecer al escudo del Papa cuando éste muere, y pasan al del Camarlengo durante el periodo de Sede Vacante. La corona está un tanto deteriorada pero parece de duque.

Lo cierto es que es una bellísima plaza, blanca, recogida, limpia y con la vegetación exuberante que cabe esperar de un lugar “situado al norte de la isla, a igual distancia de las puntas este y oeste, en el fondo de un barranco coronado de cerros. Los vientos de la brisa son los que más comúnmente la combaten; su clima es templado y aun caluroso, y bastante propenso a tabardillos”.

De las cien casas que tiene, como continúa el relato de Madoz, deben de quedar en pie... ¡casi todas, pero no más! Es un pueblo parado en el tiempo. Un puebluco de calles estrechas que “todo el presenta un aspecto gótico y de antigüedad”, de la clásica arquitectura isleña de “casas fabricadas de piedra con puertas y ventanas ojivas con labores y camafeos en sus cornisas”, descripción que copio literalmente porque no se me ocurre nada más preciso.”

Frente a la iglesia, al otro lado de la carretera hay un museo arqueológico – también de la red de museos locales- donde se conservan además de unos cañones con los que se defendía la isla de piratas y corsarios, algunas piezas arqueológicas, maquetas y cartelones donde se explican las primeras expediciones europeas y la vida de los “mahos”, los nativos isleños, de los que deriva el término “majoreros” con el que se conoce a los habitantes de Fuerteventura. Es un museo muy pequeño, pero salimos encantados de allí:

con qué poquito esfuerzo se puede hacer algo grande por un pueblo, hoy tan diminuto, pero con una gran historia detrás que si no se cuida, acaba por olvidarse porque ni los tiempos que corren dan para ello, ni está en un sitio que salte a la vista: “el aspecto grave y gótico de Betancuria y su aislada situación en un valle solitario, han influido de un modo admirable en las costumbres de sus habitantes: aun se conserva entre ellos el tipo originario de los conquistadores y algunas costumbres antiguas normandas, que Betancourt estableció en su corte”, Madoz *dixit*, allá por 1847.

Salimos de nuevo a la carretera, la única que hay, hacia Pájara. Es la misma ruta que hicieron los conquistadores que entraron desde Lanzarote. Paramos al ver en una curva, tres casas y una ermita: La Vega de Río Palmas y su imagen de Nuestra Señora de la Peña, patrona de la Isla, en honor de la cual se realiza cada segundo sábado de septiembre la "Romería de la Peña", fiesta de gran arraigo popular. Abierta a pesar de la hora, pudimos admirar la talla de alabastro de la virgen, y un curioso confesionario, más sencillo de lo que cabe imaginar, que haría las delicias de mi padre, tan aficionado a este mueble de iglesia. No lo pude fotografiar porque la señorita que cuidaba de la ermita, estaba muy atenta a todos mis movimientos y tenía los ojos puestos en mi cámara, como si de un instrumento de tortura se tratara. ¡La iglesia no es cosa de turistas sino de devotos!

Continuamos hacia el centro del territorio isleño, ascendiendo por una increíble carretera pegada a la ladera de La Gran Montaña -¡que a fe mía que lo es!- estrecha y en pendiente. En un mirador estratégicamente colocado sobre un barranco –la Degollada de los Granadillos- paramos a ver el mar por el lado de Barlovento: es mucho más bravo y las olas batiendo la costa son el eterno festón de sus playas largas y salvajes. Pero no sólo hay buenas vistas: también hay pájaros y ardillas grises, del Atlas, que alguien trajo y que se han aclimatado estupendamente al terreno local, supongo que porque se debe parecer al suyo. Esto nos lo contó una familia que paró a nuestro lado, sacó una bolsa de patatas fritas y se puso a dar de comer a los bichos, que se acercaron a ellos con toda tranquilidad.

Vegetación hay poca, pero no faltan los hermosos cardos, de siempre, la planta con la que más me identifican esos que dicen quererme: el cardo borriquero.

Nada más entrar en el pueblo -cuyo término municipal es el más extenso de las Islas Canarias, porque entre otras, cubre toda la península de Jandía con sus playas- nos topamos con una iglesia que salta a la vista por su curiosa portada. Aparcamos el coche frente al bar y nos fuimos a curiosear la iglesia: Parroquia de Nuestra Señora de la Regla. La decoración de la fachada nos recuerda al calendario azteca. ¿La haría un “indiano” para agradecer los bienes recibidos

en América? Desde luego, se sabe que la zona empezó a poblarse en el siglo XVI, tras la conquista del Nuevo Continente. Consulto. Poco hay, pero desde luego, en que los motivos recuerdan el arte azteca, coinciden todos. La iglesia es de 1711, mientras que el ayuntamiento es de la primera mitad del siglo XIX: antes los asuntos del alma, que los de la carne.

Visto el pueblo y su molino, seguimos hacia Tuineje, dejando tras de nosotros Toto, y un poco más en el centro Tiscamanita y su centro de interpretación de los molinos, también de la red de museos locales. Esta zona es la que tiene más nombres guanches de toda la isla, Tarajal, Tiscamanita, Tesejerague, Tarajalejo, Giniginámar... ¡lo contrario a lo que ocurre en Tenerife o Lanzarote!, y la que mejor conserva los tradicionales caseríos canarios con los típicos molinos y toda la carga de su historia en las aspás. Ya he contado lo de la batalla del Llano Florido contra los piratas: tuvo lugar justo en esta zona del Malpaís y todos los años, el 13 de octubre, se celebra la victoria de las tropas locales sobre los corsarios ingleses, escenificándola.

No paramos porque queríamos llegar a ver el mar y las playas de arena negra del Gran Tarajal y Tarajalejo, únicas en Fuerteventura, y los palmerales de la zona, sobre todo los del valle de Gran Tarajal: un espectáculo para embobarse. Sentados en un chiringuito nos tomamos un café viendo a los sureros volar sobre unas olas que no esperas encontrar allí, porque casi no sopla el viento. No sé de qué manera se forman, ni donde, ni como llegan a la playa, pero cuando menos lo esperas, de repente ves llegar una gigantesca pared de agua sobre la que se lanzan tablas y jóvenes para deslizarse por su cresta en complejo equilibrio hasta la orilla. Remojones aparte, el espectáculo es estupendo.

El sol caía ya del lado de Barlovento cuando volvíamos por una carretera paralela a la costa de nuevo a enlazar con la que a primeras horas de la tarde nos llevó camino de Antigua. Habíamos completado la excursión para conocer la almendra central.

Para el día siguiente, escogimos el sur. El sur más lejano: la península de Jandía. Parece que las distancias en las islas no son excesivas, pero desde la Caleta de Fuste a Morro Jable hay casi 100 km. por la carretera de la costa que ya conocíamos hasta el cruce con la más pequeña que lleva a Gran Tarajal. La península es esa especie de apéndice final de la isla, hoy Parque Natural, y está recorrida de arriba abajo por una columna dorsal que en vez de vértebras, tiene volcanes de considerable altura -el Jandía, más de 800 metros-, que se deshace poco a poco desde la altura cayendo al mar, en el que se mete ya hecha arena blanca de playa.

Antes de entrar con todas las de la ley en la propia península hay que pasar por el "horror": la codicia turística ha convertido el terreno entre la Punta de los Molinillos y las inmediaciones de Playa Barca en un monstruoso monumento al mal gusto y al desparrame urbano. A pesar de su bonito nombre -Costa Calma- es otro enclave turístico más, con todo lo que eso conlleva y lo que cabe esperar del término. Salimos desmoralizados del lugar. Yo sabía, porque ya había estado allí antes, que aun quedaba entrar en playa Barca, donde sabía que estaba el hotel Meliá -Los Gorriones- que era la última marca de vida hasta alcanzar el extremo de la península en Morro Jable. Y me daba miedo, que aquella alucinante playa de Sotavento fuera un Benidorm más, sumado a un Gandía y a una Playa de San Juan. Pero no. Entramos hasta la playa del hotel, antes sin cerrar, sin vallar, abierto a al mar y en el más absoluto desierto, hoy más "adecentado", y comprobamos que seguía siendo lo último. Desde allí y hacia el sur, hay 28 kilómetros de playa salvaje: de arena blanca que el viento trae del desierto del Sáhara y de dunas enormes en las que la gente deja sus nombres escribiéndolos con piedrecitas para que se vean desde el aire. Aunque es paraíso de windsurfistas con sus velas de colores, el cielo está cubierto de cometas y de esos locos que vuelan arrastrados desde un barquito, las playas apenas tienen oleaje. No sé cual es el motivo por el que pasa este curioso fenómeno y si tiene que ver o no con los alisios que barren la isla, pero lo cierto es que sopla el viento de tal manera que es imposible tumbarse en la playa sin parapeto -ya sea natural de matojos, de piedras o de nylon y aluminio- porque la arena se clava como si lo hicieran millones de puntas de alfileres, y sin embargo, el mar esta casi como un plato. Debe ser la locura total para los chiflados de estos deportes: las tablas pasan a velocidad de vértigo deslizándose sobre la superficie del agua, kilómetros y kilómetros.

Del otro lado de la costa, el Jable. Me gustaría contaros lo que Madoz dice del Jable, pero en 1847, o no había forma de llegar hasta allí desde otras zonas de la isla o simplemente, ¡para qué comentar lo que es un desierto de arena blanca! Sitúa un Jable en Lanzarote y lo describe como "porción despoblada: terreno inundado, compuesto de arena calcárea, producto de la descomposición de las conchas marinas y terrestres". Para el RAE es un término canario, lo que ya es bastante indicativo, pero dice que es arena volcánica con la que se cubren ciertos cultivos para conservar la humedad de la tierra". ¡Cualquiera se rebela contra tan sabios doctores! Aunque el Jable en Fuerteventura se acerque más a la "descomposición" de Madoz y porque la arena volcánica que utilizan en Lanzarote se llame picón.

Pero puestos allí, delante de aquello, yo diría que es una inmensidad de tierra blanca y piedras negras -esas sí son volcánicas- que "comprime" la isla en su extremo sur como una abrazadera o una goma elástica, de manera que

parece que alguien le hubiera puesto un cinturón. Todo lo que queda de allí para abajo es puro desierto de piedra, roca y arena, de una aridez extrema, barrida por todos los vientos, imposible de vivir, más que en los centros turísticos, que han proliferado en su costa este en los últimos años.

Nosotros nos metimos por un senderillo en busca de la orilla del mar, dando tumbos con el coche, hasta llegar a las típicas chozas de playa donde “anidan” los surfers, y buscamos un par de matorrales donde protegernos del viento para disfrutar un poco de la playa. El agua, fría y el mar con fuerza, pero se agradece porque el sol es inmisericorde. Nos dimos unos buenos baños y reanudamos nuestra excursión con idea de llegar a comer a Morro Jable, el último pueblo de la isla y final de la carretera.

De Morro Jable, mejor nos olvidamos. Aunque han tenido en cuenta que las casas -de pisos, claro- no se pueden pegar a la playa, más que nada porque es zona protegida –el Humedal Saladar de Jandía-, lo cierto es, que el pueblo tiene el mismo aspecto turístico que el de cualquier otro de cualquier otra costa: Piz-Buin y sombreros de paja en todos los locales con planta de calle.

Sin embargo, la playa es curiosa y la zona del humedal, con sus matorrales y un sinfín de aves marinas, se salva con largos pasillos de madera, en alto, sobre pilotes, como estamos acostumbrados a ver en las películas americanas, que unen la carretera con la playa. Queda en pie el faro antiguo en la Playa del Matorral con lo que la zona tiene un cierto aire a playa extranjera: entre sajona y normanda, ¡como sus conquistadores!

Comimos en el puerto de Morro Jable, donde atraca el ferry, en la cofradía de pescadores: cherne, sama, “papitas arrugás” y mojo. Sería lo mejor que comeríamos en la isla y ¡lo más barato!

Por la tarde queríamos llegar hasta el faro de la Punta de Jandía. Nuestro plano advertía que no había carretera; sólo un camino de tierra, que era incluso peor de lo que cabía suponer. Lleno de baches, pedruscos, bañeras, “socabrones”... una tortura. El paisaje es brutal, como de escombros de lumbre, con unos pocos matorrales rastreros y muchas cabras. El camino se desdobra a unos 20 Km.: a la izquierda, en dirección a Cofete, en la costa de Barlovento; o a la derecha, a Puertito de la Cruz y al faro. Son otros tantos kilómetros más: llegar hasta allí, me recordaba aquella película de Yul Brinner que se llamaba, “El faro del fin del Mundo”. No la rodarían aquí, pero ¡se le parece! Estaba cerrado, pero muy bien cuidado y limpio y aparentemente en uso y en muy buen estado. No se puede decir lo mismo del “Puertito”: son tres casuchas de asco y un montón de caravanas y coches-caravanas, aparcados formando un poblado de aspecto gitano, hippy, trasnochado y sucio. Una pena, porque la playa es estupenda.

Volvimos hasta el cruce y seguimos por el camino, esta vez en la dirección contraria. Se sube bordeando el pico más alto de la isla, el Zarza o Jandía - también de Los Ingenieros, para los locales-, hasta llegar a un mirador en la Degollada de Agua Oveja, desde donde se ve toda la playa de Cofete y al fondo, la de Barlovento y las cuatro casas que son la propia aldea que da nombre a la playa, -¡o al revés, pues vaya usted a saber!- y que se fundó en torno a 1800. Esta zona es la más salvaje: sólo se puede llegar por este camino -insisto, camino- que una vez que te lleva a la aldea, muere entre sus calles. La vuelta es por el mismo sitio, de nuevo al sur, o por una pista de cabras hacia el norte, pero que es intransitable. Delante esta el mar y detrás la sierra de volcanes, el viento ruge y hay que hablarse a gritos y es tan fuerte que, apenas, permite dar dos pasos. El fin del mundo. En el mirador hay un cartelón que explica qué tipo de flora nos rodea -aquí se encuentra un endemismo vegetal muy valioso, la *Ononis Christii*, que da unas flores espectaculares- y que fauna se puede ver. Son, sobre todo, aves migratorias: hubara canaria, pardela, guirre (o alimoche común, que es la única especie de buitre que habita en Canarias y que está considerada especie en extinción), aguililla, cernícalo, pero también chorlito grande, chorlito gris, garceta, corredor, abubilla y la endémica tarabilla canaria. Por supuesto sin olvidarnos de, erizos, lagartos, murciélagos, tortugas, conejos, etc.

A pesar de la espectacularidad de la playa, el baño es imposible. Aunque dicen que cuando hay días de calma, se puede uno acercar hasta la orilla, desde luego, esa tarde, no. Cabe imaginar, que esta zona ha quedado fuera de los circuitos turísticos, justo por lo inhóspita que es. No hay más que las cuatro casas de la aldea y un poquito más allá -como a kilómetro y medio-, *Villa Winter*, una casa señorial rural que mandó construir en 1946 el ingeniero alemán Gustav Winter, que en aquella época tenía arrendada la península de Jandía.

Cuentan las leyendas locales, que este señor montó allí una estación de aprovisionamiento de submarinos durante la II Guerra Mundial y que su casa - para cuya construcción hubo que traer el material a lomos de burros y camellos por el paso de Cofete, que atraviesa la sierra desde el lado oeste de la isla- fue refugio de nazis. Ni idea de si es cierto. Pero lo sí es, es que Don Gustavo Winter era ingeniero y que llegó hasta allí para colaborar en la electrificación de Gran Canaria. Mientras vivió allí, los agricultores y ganaderos de Jandía, trabajaron para él y allí se cosechó grano y se hizo queso de cabra, además de aprovecharse la lana de las ovejas merinas.

Si siguiéramos por la pista de cabras paralela a esta costa oeste de la isla, volveríamos a recorrer el Jable en sentido contrario hasta el istmo de la Pared. A su altura, y de este lado de Barlovento, está lo que queda de muralla -la

Pared- que separó a los aborígenes del norte de los del sur. Pero no nos sentíamos preparados para la aventura, ni el Opel que conducíamos parecía vehículo adecuado para brincar por semejante terreno. Volvimos, pues sobre nuestros pasos: a coger la carretera, ya familiar, que por la costa une norte y sur.

Para el último día de nuestra estancia, el recorrido reservado fue el del norte. Con las maletas en el coche y la ropa de subirse en el avión a mano dejamos el hotel para conocer la capital. Hoy se llama Puerto del Rosario, pero cuando, a finales del siglo XVIII, empezaron a asentarse en la zona los pastores de cabras que llevaban hasta allí a sus rebaños para abrevar, se le bautizó como Puerto Cabras y así se llamó hasta 1956 en que sustituyó por Puerto del Rosario. Su ayuntamiento es de 1835 y es capital de la isla desde que Betancuria perdiera el privilegio. Si consultáis el Madoz, hay que buscarlo por su nombre antiguo y no dice aun que sea la capital: sólo que tiene ayuntamiento y administración subalterna, “con estafeta de correos, capitanía de puerto y residencia de diferentes vice-cónsules extranjeros”. Cuando se hace el recuento al que nos tiene acostumbrados, constan “220 casas con sus algibes, (...) y 45 cuevas habitadas”, lo que da una ligera idea de lo que era entonces el futuro gran puerto. Si es capital, lo es gracias a su privilegiada situación dentro de la isla. Aprovechando el hecho de tener el puerto, allí se fueron instalando poco a poco todos aquellos que tenían algo que decir. Nos dimos una vuelta pero, tal y como yo recordaba, hay muy poco que ver: el paseo marítimo es reciente, corto, feote y no dice nada; el edificio del cabildo, el típico de oficinas de los años 50; la calle peatonal con las inevitables “mangos, zaras y máximoduttis” de cualquier calle comercial y la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, una iglesia más.

La casa u hotel en el que se alojó D. Miguel de Unamuno cuando allá le mandó desterrado el General Primo de Rivera, es hoy un museo –si, también de la ya varias veces comentada red local- y en él se guardan algunos recuerdos de su estancia entre marzo y junio de 1924, así como la habitación en la que vivió. Pero no abren más que entre semana: en mañanas de domingo no hay nada que hacer.

Visto el éxito, decidimos salir hacia La Oliva, para empezar por ahí la vuelta al norte.

Es el único municipio del norte: hasta la isla de Lobos, a 6 Km. de su costa, forma parte de él y el más conocido por ser en su término municipal donde están “los más conocidos” del lugar: Tindaya y la montaña de Chillida; Corralejo y su Parque Natural de Dunas: El Cotillo y sus escándalos urbanísticos.... ¡carne de periódico!

La carretera atraviesa el Malpaís, algunos barrancos y los volcanes rojizos del centro: Tindaya queda a la izquierda unos kilómetros antes de entrar en el pueblo. Pueblo, que es más bien un caserío blanco y en extensión, más que en altura. “Según un estado de instrucción pública de 1835, tenía esta población, 2.938 habitantes, de los cuales sabían leer 301 varones y 80 hembras, y escribir 167 de aquellos y 73 de éstas”, además de “660 casas en toda la jurisdicción”, que, igual que hoy, era variada y extensa. Posiblemente, ya sepan leer y escribir unos cuantos más, pero el resto es similar a lo que contaba, como bien suponéis, el amigo Madoz.

Ya no viven de la agricultura -trigo, cebada, barrilla, maíz, garbanzos, papas, tunas, uvas y frutos de leche (¿??)- sino del turismo que se come la costa en dos franjas de terreno: El Cotillo y Corralero. Pero antes de espantarnos en ambos lugares, nos sumergimos en la historia del pueblo, que era de lo que se trataba.

Como ya conté al hablar de Betancuria, a La Oliva se trasladaron las autoridades que gobernaban Fuerteventura -los llamados “coroneles”- en 1708. Como hasta la isla no llegaba la autoridad establecida, por aquello de la lejanía, fueron los militares, en principio nombrados para vigilar el territorio de la Corona, los que manejaron a su gusto el cotarro. El puesto de “coronel” lo alternaron los varones de las familias Sánchez Dumpiérrez y Cabrera, con tal precisión, que se convirtió en cargo hereditario.

La residencia en la que se instalaron sigue hoy en pie -recién terminada de restaurar e inaugurada por los Reyes hace sólo unos pocos años- y es un gran edificio rectangular construido en el siglo XVIII, que es museo. Tiene dos pisos, con nueve ventanas simétricas en el inferior y un buen puñado de balcones descubiertos, y decorados con flores, muy entre plateresco y barroco, en el superior. En el centro de la fachada hay una franja de sillería de piedra volcánica vista, donde está el portón de entrada y sobre él, el escudo de la familia Cabrera Bethencourt. A ambos lados del edificio hay dos torres con almenas, que le dan el aire militar al caserón ¡pues de eso se trataba!

En el interior tiene el enorme y característico patio central, con los soportes de manera sobre los que corre una galería, a la que se abren estancias corridas y habitaciones. Para acceder al segundo piso hay una ancha y espléndida escalera de piedra. Conserva la cocina, con su típica chimenea canaria y su horno y tiene una capillita, que da a un segundo patio y a la torre, con el suelo aun original de losas de colores. Ventanas y puertas son las habituales de la arquitectura canaria, y que al otro lado del atlántico, llamamos colonial: de cuarterones, las unas y con banquito en un alfeizar bajo, para que las señoras se sentaran a bordar o a cotillear lo que sucedía en la calle, las otras.

Recorrimos toda la casa: de arriba abajo. Las salas de abajo -el piso donde estaban graneros, cocheras, almacenes,...- están reservadas para exposiciones. En aquel momento, se exhibía una muestra dedicada al centenario del pintor surrealista majorero Juan Ismael. En las habitaciones que dan a la galería del piso alto -que era donde vivía la familia- había un montaje sobre la isla. Pero lo de menos era lo que se exponía: lo mejor era creerse coronel y señora. La restauración es tan buena, que no es difícil “jugar” a ser los dueños de la finquita recorriendo la propiedad, asomándose a la torre para observar el quehacer de los aldeanos, ir a la capillita a oír misa, trajinar en la cocina, sentarse en el alfeizar a ver pasar el tiempo, bailar en alguno de los salones...o incluso imaginar la vajilla en la magnífica vitrina empotrada de una de las habitaciones, que muy bien podría haber ido comedor en su día.

(Como dato curioso: los retretes de obligado cumplimiento a los que obliga la legislación actual, están tan bien ideados, que casi, casi, podían ser los originales, aunque sepamos que por entonces no los había y a pesar de que las piezas que los componen -tomadas una a una- son de diseño muy vanguardista).

Desde las torre se ven las ruinas de los que fueron caballerizas y otros edificios que dieron servicio a la casa y que no estaría nada mal que arreglaran par completar la obra. El terreno es completamente llano, con palmeras y chumberas, y la casa destaca en la planicie recortada sobre el escenario del fondo: el volcán rojo llamado Montaña de Escanfraga, que visto desde una de las ventanas parece un cuadro dentro de los cuatro lados de una ventana.

La Oliva tiene una iglesia -Nuestra Señora de la Candelaria- que cuenta con una colección de pinturas de Juan Miranda. Pero habíamos pasado tanto tiempo en la Casa de los Coroneles, que si queríamos ver el mar, había que elegir entre las olas o las pinturas. Elegimos la costa: otra zona maravillosa entre piedra negra volcánica, enormes estructuras de basalto y calas recogidas, que se llama Los islotes, repletas de caravanas y furgonetas, con menos viento que en Sotavento y que debe ser el hueso duro de roer en cuanto a los asuntos urbanísticos que se traen en los tribunales el alcalde de El Cotillo y los ecologistas. Comprendo que uno lo quiera convertir en centro turístico, pero por esa misma razón, comprendo también, que los que están contra el hormigón voraz, traten de impedirlo. La carretera que lleva desde el pueblo - más bien aldea o montón de casas- hasta el faro, se ha asfaltado por encima de ese suelo volcánico que debía estar protegido, está completamente terminada, no le faltan ni farolas, ni aceras, pero no llega a ninguna parte. Alguien la pagó para que a sus lados creciera el Nuevo Cotillo Turístico, empezaron a surgir problemas y ahí se ha quedado. Grandes letras pintadas de blanco en su

asfalto, nos indican que la zona es frente de batalla: carretera de la vergüenza, dicen.

La recorremos enterita hasta el faro, que se llama Faro de Tostón y está en la Punta de la Ballena.

De vuelta al pueblo, buscamos el restaurante que nos habían recomendado porque era el mejor de la isla –“El Roque de los Pescadores” en honor de un roque o gran pedruscón volcánico que sale del mar, alrededor del que se construyó el puerto para servirse de él como barrera protectora-, pero la verdad es, que sólo era más caro que el de la cofradía del Puerto de Morro Jable, pero no mejor.

En El Cotillo quedan los restos de un castillo -Castillo del Tostón- o, mejor gran torreón circular, construido en 1741 para defender la costa por este lado de los corsarios árabes, ingleses y holandeses, pero que con ver por fuera, es más que suficiente, aunque se puede subir a él y la vista no es mala: a sus pies se extiende la playa del Castillo, larga, aunque no excesivamente estrecha, limpia, tranquila y, como casi todas en la isla, salpicadas siempre de cometas y windsurfistas, poniendo la nota de color con sus velas chillonas. Es de las muy poquitas del lado de Barlovento que tienen buen acceso, porque este lado es muy abrupto y quebrado y el mar está siempre picado.

Antes de ir al aeropuerto nos quedaba aun algo que ver: las Dunas de Corralejo, porque el pueblo en sí, no es nada para recomendar: otro centro turístico. Si bien es cierto que las casitas son todas bajas, salvo los cuatro edificios de alrededor del puerto que tienen varias alturas, no aporta nada especial. Nos acercamos hasta la orilla del mar en la Punta de Corralejo desde donde se puede ver Playa Blanca, el pueblo más al sur de Lanzarote y desde donde sale el ferry que une ambas islas. Hay un paseo que recorre ese tramo de costa hasta el puerto, por el que nos dimos una vuelta antes de coger la carretera.

El Parque Natural de Corralejo empieza a la altura de la Punta de Tivas y comprende las playas encadenadas de los primeros kilómetros de costa: Playa del Médano, Caleta del Bajo, Playa Bajo Negro, Playa de los Matos, Playa del Moro, Playa Alzada, Playita del Poris, Barca Quebrada,... una larguísima franja amarilla de arena preciosa, que no para de moverse empujada por el viento, formando enormes dunas rizadas. Hay dos monstruosos hoteles de la cadena RIU, a pocos metros de la playa, que no sé quien autorizó a construir, porque son de auténtico delito ecológico, pero que allí están, tan panchos ellos, entre la orilla y la carretera siempre barrida por la arena.

No nos acercamos hasta la orilla del mar, porque ya el tiempo se nos echaba encima, pero no pudimos resistir la tentación de hacernos fotos en mitad de

aquella inmensidad blanca. Aunque el desierto sea algo más grande, las Dunas de Corralejo se le parecen mucho.

Con el azul del mar y el amarillo inmenso de la arena en las pupilas, nos subimos al avión confiando en que los colores, ya memorizados siempre en nuestras retinas, nos ayudaran a volver algún otro día. Por mucho que me digan que no es para tanto, Fuerteventura merece más que una vista fugaz.

"Esta inafortunada isla de Fuerteventura, donde entre la apacible calma del cielo y del mar escribimos este comentario a la vida que pasa y a la que se queda, mide en lo más largo, de punta norte a punta sur, cien kilómetros, y en lo más ancho, veinticinco. En su extremo suroeste forma una península casi deshabitada, por donde vagan, entre soledades desnudas y desnudeces solitarias de la mísera tierra, algunos pastores. A esta península se la conoce por el nombre de Jandía o de la Pared. La pared, o mejor, muralla, que dio nombre a la península de Jandía, y de la que aún se conservan trechos, fue una muralla construida por los guanches para separar los dos reinos en los que la isla Majorata, la de los majoreros, o sea Fuerteventura, estaba dividida, y para impedir las incursiones de uno en otro reino. Y he aquí cómo este pedazo de África sahárica, lanzado en el Atlántico, se permitía tener una península y una muralla como la de China, en cuanto al sentido histórico.

Miguel de Unamuno."

Agosto, 2007